

El Fénix que siempre renace. El carlismo ourensano (1894-1936)¹

JULIO PRADA RODRÍGUEZ
Universidad de Vigo

The always-return Fenix. Carlism in Ourense (1894-1936)

RESUMEN

En este artículo se estudia la trayectoria del carlismo ourensano desde la fundación del Círculo Tradicionalista hasta su fusión en FET y de las JONS. Se analizan sus bases sociales y las distintas escisiones a lo largo de su historia, así como las claves de su escaso apoyo popular. También se presta especial atención a sus relaciones con otras fuerzas del espectro político derechista, las disputas en torno a la estrategia insurreccional y su papel en la conspiración militar de julio de 1936.

PALABRAS CLAVE:

Carlismo, Requeté, República, Insurreccionalismo, Golpe de Estado.

ABSTRACT

In this article the trajectory of the ourensano Carlism studies from the foundation of the Traditionalistic Circle to its fusion in FET and of the JONS. Their social bases are analyzed and the different splits throughout their history, as well as the keys of its little popular support. Also special attention to its relations with other forces of the political right is lent, the disputes around the insurrectionary strategy and its protagonism in the military conspiracy of 1936 July.

KEYWORDS:

Carlismo, Requeté, Il Republic, Insurrectionary strategy, Coup d'etat.

1. LA «NAVARRA DE GALICIA»

Las dos primeras guerras carlistas apenas habían ocasionado graves quebraderos de cabeza a las autoridades políticas ourensanas, pero ya desde principios

¹ Este artículo se realizó en el marco del Proyecto de Investigación *Sociedad, Ideología y Poder Político en la Galicia contemporánea*, Ministerio de Ciencia y Tecnología (2003-2006)-FEDER, Ref. BHA2003-07243, del que es director el profesor Jesús de Juana.

de la segunda mitad de los años sesenta del XIX son perceptibles algunos síntomas de agitación entre los escasos simpatizantes instalados en la capital. El vacío que en la Jefatura del Estado ocasionó el triunfo de la revolución de septiembre de 1868 hizo concebir a estos círculos crecientes esperanzas de que el pretendiente, Carlos VII, pronto daría orden de un nuevo levantamiento general. Mientras éste llegaba, y atraídos por los sermones y las generosas monedas que sacerdotes e hidalgos distribuían para crear las condiciones que lo favoreciesen, algunos jóvenes y contados oficiales se preparaban para la guerra del otro lado de la frontera; en las comarcas fronterizas del sureste de la provincia también se desarrollaba un activo trabajo de propaganda que enseguida causó alarma entre los representantes del poder central. El llamamiento se produjo, por fin, en abril de 1872, y dos meses después comenzaron a actuar en diversos puntos de Galicia varias partidas que no tardaron en ser derrotadas².

No obstante, en Ourense, varias de estas cuadrillas ya actuaban cuando menos desde el año anterior a juzgar por las inscripciones realizadas en una cruz y en la lápida que los tradicionalistas de la capital dedicaron en 1929 a Juan Suárez y sus hombres, enterrados en el cementerio de la Alberguería (Laza) en 1871 tras fallecer en un enfrentamiento con las fuerzas del orden. Del mismo modo, cuando en febrero de 1876 el pretendiente cruzó la frontera, algunos combatientes continuaron por los montes faltos de toda dirección y sin que constituyesen serio obstáculo para la Guardia Civil. Tampoco pudieron encontrar apoyo desde el Palacio Episcopal: su titular, José de la Cuesta y Maroto, había fallecido en marzo de 1871 después de unos meses en los que la enfermedad le impidiera ya ocuparse de los asuntos de la diócesis, y la provisión definitiva de la sede no se produciría hasta febrero de 1876 en la persona de Cesáreo Rodrigo Rodríguez³.

Mientras, Alfonso XII se asentaba en el poder y su principal valedor, Antonio Cánovas del Castillo, edificaba un nuevo régimen que devolvería la tranquilidad a los sectores conservadores, aterrados por la experiencia del Sexenio, y con ello restaría simpatías al carlismo. No obstante, por lo que a Ourense se refiere, la de-

² Sobre esta cuestión ver BARREIRO FERNÁNDEZ, J. R.: *El carlismo gallego*, Santiago, Pico Sacro, 1976, pp. 195 y ss. Desde la perspectiva local, al margen de los innumerables trabajos sobre el País Vasco y Navarra, puede compararse con ASENSIO RUBIO, M.: *El carlismo en la provincia de Ciudad Real, 1933-1876*, Ciudad Real, Servicio de Publicaciones de la Diputación, 1987; FERNÁNDEZ BENÍTEZ, V.: *Carlismo y rebeldía campesina: conflictividad social en Cantabria*, Madrid, Siglo XXI, 1988; MONTES BERNÁNDEZ, R.: *El carlismo en la región de Murcia (1833-1901)*, Cartagena, Ayuntamiento de Cartagena, 2001; ROMERO SÁIZ, M.: *La carlistada en Cuenca y su tierra: entre la Mancha y la sierra: retrato de una guerra civil: el carlismo en la provincia de Cuenca*, Cuenca, edición del autor, 1993; RÚJULA LÓPEZ, P.: *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la guerra civil en Aragón (1833-1835)*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Diputación General de Aragón, 1995; y *Contrarrevolución: realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998. Una útil síntesis de los diferentes enfoques en los estudios sobre el carlismo y las nuevas propuestas en MILLÁN, J.: «Popular y de orden: la pervivencia de la contrarrevolución carlista», en *Carlismo y contrarrevolución en la España Contemporánea*, Ayer, 38, 2000, pp. 15-34.

³ GONZÁLEZ GARCÍA, M. A.: «La diócesis de Orense desde 1850», en J. GARCÍA ORO (coord.): *Iglesias de Lugo, Mondoñedo-Ferrol y Orense. Historia de las Diócesis Españolas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, pp. 555-558.

rrota no se vio acompañada de la desaparición de sus apoyos ni de la evaporación de un ideal que siguió siendo cultivado con mimo por un reducido número de incondicionales —la mayoría veteranos de la guerra— y simpatizantes que se movían en círculos muy cerrados. Y ello a pesar de que los dispendios y la represión dañaron no poco el peculio de algunos e incluso otros sufrieron el destierro, caso del abogado y periodista Valentín de Novoa, que padeció extrañamiento primero en A Coruña y más tarde en Estella.

Las bases sociales del carlismo ourensano no eran muy diferentes a las del resto de Galicia: un sector del clero, que en tiempos había tenido en el obispo Dámaso Iglesias Lago a su más caracterizado representante en tanto que heredero ideológico y sucesor en la mitra del furibundo absolutista D. Pedro Quevedo y Quintano, y parte del cabildo catedralicio, familias de raíces palaciegas y de extracción hidalga, algunos comerciantes e industriales, contados militares y profesionales liberales. Es el caso de los Francisco de las Cuevas y Cabo, Tomás Portabales, Francisco Carballo, Venancio Moreno, Inocencio Vázquez, Francisco Prada, Juan Adrio, José Araujo, Manuel Martínez, Francisco Pérez Bobo, Manuel Boado, Camilo Amor, Eduardo González, etc.⁴.

No tardarían, sin embargo, en germinar nuevos elementos de disputa en las ya menguadas huestes tradicionalistas. La derrota de los que se habían echado al monte en 1872 reforzó las tesis del coruñés Cándido Nocedal, nombrado delegado del pretendiente en España y que había desembocado en el carlismo procedente del Partido Moderado con intención de convertirlo en una formación de masas. Pero en 1881, con la bendición de León XIII, Alejandro Pidal y Mon daba origen a la *Unión Católica*, un partido que tenía como bandera los intereses de la Iglesia desde la legalidad política vigente. Lógicamente gran parte del carlismo histórico, como sucedió con los veteranos ourensanos de la tercera guerra, no podía ver con buenos ojos a la nueva formación por la atracción que podía ejercer sobre el conservadurismo más clerical y menos comprometido con sus tesis políticas; pero cuando, en 1884, se integre en las huestes que lidera Cánovas la situación parece recomponerse. Sólo lo parece, porque enseguida estallará otra nueva crisis, de mayor trascendencia, que provocará una larga fractura que no se soldará hasta después de proclamada la II República: la división entre integristas o defensores de ejercer una auténtica misión apostólica y convertir al carlismo en un apéndice de los intereses católicos interpretados a su particular estilo; y legitimistas, para quienes éstos últimos no podían prevalecer sobre el objetivo político de elevar al trono a la dinastía de Don Carlos.

En medio de la crisis, los carlistas ourensanos trataban de salir de las catacumbas con grandes dificultades en un intento de hacer méritos para convertirse en la «Navarra de Galicia», como comenzaba a ser conocida la provincia. Conta-

⁴ Puede compararse con el análisis de las bases sociales del carlismo que realiza CLEMENTE, J. C.: *El carlismo: historia de una disidencia social (1833-1876)*, Barcelona, Ariel, 1990; y ASÍN RAMÍREZ DE ESPARZA, F.: *Carlismo y sociedad 1833-1840*, Aportes XIX, 1987. A nivel «micro», SANZ ROZALÉN, V.: *La desintegración de las relaciones feudales en la baillía de Morella: los orígenes sociales del carlismo valenciano*, Castellón, Server de Comunicació y Publicacions de la Universitat Jaume I, 1996.

ban con algunos órganos de prensa, caso de *La Nacionalidad*, *La Voz del Pasado* y, sobre todo, *La Lealtad*, que tuvo entre sus directores al ya citado Valentín de Novoa. De acuerdo con el manuscrito del dirigente ourensano Luis Rodríguez Fernández⁵, la fundación hacia 1894 del Círculo Tradicionalista se produjo gracias a un doble aporte que nos revela la renovación parcial de los círculos de captación carlista: a aquellos escasos veteranos del último alzamiento se sumaron varios jóvenes, parte de ellos estudiantes de clase media, sin relación anterior con la causa. Su sede inicial estuvo en un bajo de la calle de la Imprenta, probablemente el número 6, donde también se imprimía *La Lealtad*; más tarde fue sucesivamente trasladado a la calle de Alba, la plaza del Corregidor y, finalmente, al número 3 de la plaza del Trigo, donde ocupaba el bajo y dos plantas. Lógicamente, su nacimiento hay que ponerlo en relación con los esfuerzos que desde finales de los años ochenta estaba realizando la fracción fiel a Carlos VII por superar el trauma de la escisión integrista en una doble dirección: fomento de la política de atracción, abandono del retraining electoral, renovación parcial del ideario, parcial renuncia a la vía armada e intensificación de la propaganda, por un lado, y mejoras en la organización del partido privilegiando el papel de la prensa como elemento de propaganda y de cohesión interna por otro; ello, no obstante, sin que en el terreno ideológico ni en el militar se registrasen novedades significativas⁶.

Durante un tiempo fue presidente del Círculo el médico-oculista Fructuoso Alonso, un vallisoletano que había prestado servicio en el cuartel real durante la tercera guerra carlista, pero cuando fue nombrado jefe provincial lo sucedió en el cargo Manuel Diéguez Arias, popularmente conocido como el «Conde d'as Eiroás», en alusión al lugar donde la familia poseía un pazo; el abogado Alfonso Carballo Rey era por entonces secretario. Las actividades públicas eran bastante escasas durante aquellos años: veladas literarias y musicales, rezo del rosario, organización de funerales y misas por los mártires de la Tradición y demás actos religiosos y celebración de las onomásticas de Carlos VII y de su esposa Doña Margarita de Borbón y Parma. Y, por supuesto, el adoctrinamiento a los jóvenes en las «glorias» de pasadas guerras con la perspectiva de un nuevo alzamiento general como el que, al parecer, se preparaba tras la derrota ante los Estados Unidos en 1898. Mientras llegaba el momento, Vicente de Novoa Requejo organizó una partida que tenía como misión dinamitar los puentes del ferrocarril para dejar incomunicada Galicia con el resto del Estado y facilitar así la sublevación⁷. Naturalmente ni la sublevación ni la acción prevista llegaron nunca a concretarse, cosa

⁵ *El tradicionalismo ourensano desde 1910 a 1936*, original mecanografiado de 1959 (Archivo privado de Margarita Molera Fernández, nieta del dirigente tradicionalista y depositaria de su memoria, a quien agradecemos las facilidades que nos dio para la consulta de estas páginas completamente inéditas).

⁶ Cfr. CANAL, J.: «Las «muertes» y las «resurrecciones» del carlismo. Reflexiones sobre la escisión integrista de 1888», *Ayer*, 38, 2000, pp. 125-126; cfr., asimismo, PÉREZ-NIEVAS BORDERAS, F.: *Contra viento y marea: historia de la evolución ideológica del carlismo a través de dos siglos de lucha*, Pamplona, ed. del autor, 1999.

⁷ *El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., pp. 6-7; entre los miembros de dicha partida L. Rodríguez cita a Jacinto y José Otero Mouriño, los hermanos Alejandro y Aristides Santamarina y Carlos de Novoa, hijo de Valentín de Novoa y hermano de su principal responsable.

que los ourensanos siempre atribuyeron al pernicioso influjo que sobre el pretendiente ejercía su nueva esposa, Berta de Rohan.

Carlos VII murió once años después, en 1909, sustituyéndolo su hijo Jaime de Borbón y Borbón. Coincidiendo con su ascenso a la jefatura de la casa, el Círculo ourensano parece tomar nuevos bríos: en julio o agosto de 1910 salía a la luz el semanario jaimista *El Radical*, del cual serían directores José Fernández Gallego, Marcial Ginzo Soto y Alfonso Rodríguez Veiras; en octubre de ese mismo año se organizaban un mitin y una manifestación de protesta por la «Ley del candado» promulgada por el gobierno de Canalejas, produciéndose varios choques violentos con jóvenes izquierdistas que apedrearón la sede carlista y que se repetirían en varias ocasiones durante la celebración de los actos; en noviembre se ponían en marcha las clases nocturnas para los afiliados de extracción popular; a principios de 1911 comenzaba la colaboración activa con los monárquicos portugueses que acaudillaba el capitán Enrique de Pavía, la mayoría de ellos partidarios de Miguel de Bragança, a los que ayudaron en el transporte de armas e incluso abrieron una suscripción para entregarles una bandera con los colores azul y blanca bordada por las monjas Adoratrices. Ese mismo año, por fin, se organizaba el Requeté, que dirigía Alfonso Rodríguez Veiras, en el que ingresaban los jóvenes comprendidos entre los 14 y los 19 años, al mismo tiempo que se reorganizaban las Juventudes, en las que se permanecía hasta los 30 años.

Ya por entonces dio comienzo entre los jóvenes la costumbre de realizar, casi a diario, instrucción de orden cerrada en el bajo y el patio del Círculo bajo la dirección de los veteranos de la guerra de 1872. Los festivos, la instrucción en abierto se trasladaba al Montealegre, situado a las afueras de la capital, o a las aldeas de los alrededores, donde no era infrecuente contemplar a los jaimistas con su característica boina roja desfilando a los acordes de la recientemente creada banda de tambores y cornetas. Estos requetés fueron utilizados desde el mismo momento de su organización como grupos de choque y de asalto para intimidar a la prensa contraria, como cuando en noviembre de 1912 un grupo de ellos se presentó en la sede del diario liberal *El Miño* armado con porras de madera recubiertas de tachuelas para exigir la rectificación de una nota que consideraban ofensiva para el pretendiente. También eran frecuentes los choques con elementos izquierdistas —socialistas en su práctica totalidad, pues en aquellos años los sectores republicanos carecían de organización y afiliados estables—, en especial cuando los seguidores de Don Jaime regresaban de practicar la guerra de guerrillas y cuando colisionaban mientras repartían propaganda, algo muy estimado por los jaimistas «para mantener despierto el espíritu combativo, preparando ilusionados el momento en que el Rey ordenase «hecharse» (sic) al monte para derrocar la monarquía usurpadora»⁸.

En octubre de 1913 las Juventudes Jaimistas ingresaron en bloque en el Requeté, lo cual constituye, a nuestro entender, un claro síntoma precursor de la pa-

⁸ *Ibidem*, pp. 33-34.

ramilitarización de la política que alcanzaría su máxima expresión en los años venideros. Bien es verdad que estos movimientos en el carlismo forman parte de una estrategia insurreccional de larga tradición que enlaza con las cíclicas esperanzas de un nuevo alzamiento general, pero, como tendremos ocasión de comprobar, no tardarán en adoptar las nuevas formas y estrategias que caracterizan a este fenómeno tan extendido en la Europa de entreguerras. Sin olvidar el deseo, explícito al menos en el caso de los ourensanos, de reforzar estos grupos de choque que ya entonces tenían en el marxismo a un enemigo si cabe más odiado que la «dinastía usurpadora». Por el momento aún no se renunciaba a hacer política, y aquel mismo otoño de 1913 los carlistas obtenían representación en el ayuntamiento ourensano en la persona de M. Ginzo Soto, por entonces recién elevado a la dirección del diario católico *La Región*⁹. Menos suerte tendrían en las elecciones de marzo de 1914 sus candidatos a Cortes por los distritos de Trives y Celanova, respectivamente el comerciante y banquero Pedro Romero Cambón y la por entonces figura más destacada del carlismo, Juan Vázquez de Mella, de profunda vinculación con Galicia desde sus tiempos de estudiante de Derecho en Santiago y furibundo combatiente contra el cisma integrista; ni uno ni otro pudieron hacer nada contra los dinásticos Conde del Moral de Calatrava y Senén Canido Pardo, enfeudados largo tiempo en dichas circunscripciones.

2. CRISIS Y REFUNDACIÓN (1919-1931)

La posición que el carlismo debía adoptar en el contexto de la Gran Guerra fue un motivo de división a añadir al cisma que venía lastrando desde los años ochenta del XIX. La proclividad filogermana de los ourensanos era conocida: ya en octubre de 1913, con motivo de la visita de Poincaré a España y en apoyo de la campaña organizada por la dirección carlista, las calles más céntricas de la capital aparecieron adornadas con unos rótulos alusivos a la amistad hispano-alemana y de oposición a la política de acercamiento a Francia que propiciaba el Gobierno. Pero el estallido del conflicto sacó a la luz las fuertes discrepancias internas entre los veteranos —la mayoría partidarios de Alemania, aunque otros simpatizaban con los aliados—, que paralizaron casi por completo la acción política del Círculo y redujeron a la organización ourensana a un estado de total postración. Cuando el pretendiente desautorizó la posición germanófila que había mantenido Vázquez de Mella en sus campañas desde *El Pensamiento Español*, éste fundó el Partido Tradicionalista y comandó una escisión que menguaría gravemente las filas carlistas: en las elecciones legislativas de 1918 sus partidarios habían obtenido 9 diputados, que quedaron reducidos a 4 en las de 1923.

⁹ Sobre la importancia de este periódico en la vida política ourensana *vid.* JUANA, J. DE, y J. PRADA: «Prensa religiosa y República: el caso de Ourense (1931-1936)», en J. J. FERNÁNDEZ SANZ y otros (eds.): *Prensa y periodismo especializado (historia y realidad actual)*, Guadalajara, Ediciones del Ayuntamiento, 2002, pp. 281-295.

Hasta entonces Mella había gozado de las simpatías de los ourensanos, incluida buena parte del clero que simpatizaba con la causa, que, frecuentemente, le dirigía telegramas y notas de felicitación por su labor parlamentario y político (especialmente saludadas fueron sus intervenciones contra la política anticlerical de Canalejas); incluso, como señalamos, llegó a figurar entre los candidatos a Cortes por uno de los distritos de la provincia. Ahora, en cambio, la mayoría se mantuvo fiel a Don Jaime a costa de dilapidar lo trabajosamente logrado desde 1894: la sede del Círculo Jaimista hubo de trasladarse a un local más pequeño, concretamente a un piso de la calle de la Paz, donde languideció hasta que, en enero de 1921, cerró sus puertas. Pasados dos años, Luis Rodríguez Fernández comenzó sus gestiones para una nueva refundación. Inicialmente pudo contar con el concurso del abogado Camilo Deza Díaz-Robles, perteneciente a una familia de rancio abolengo aristocrático, de Vicente de Nóvoa Requejo, por entonces secretario del vecino ayuntamiento de San Cibrao das Viñas, y de los párrocos de A Valenzá y Barbadás, Andrés Pazos y César Gutiérrez. El 6 de diciembre de ese mismo año se presentaban los estatutos de la Agrupación Jaimista, que se instalaría en el bajo del número 23 de la calle de Alba y más tarde pasaría a la calle de San Pedro; en aquel momento contaba únicamente con 16 afiliados. El 10 de enero siguiente se elegía la nueva directiva, que pasó a estar integrada por Camilo Deza (presidente), Luis Rodríguez (secretario), Justo Méndez Aguirre (tesorero) y Modesto Vázquez Vigairos y Luis Hermida Cachalvite (vocales); la junta provincial estaba formada por Marcial Ginzo Soto (presidente), V. de Novoa (secretario) y C. Deza y L. Rodríguez (vocales)¹⁰.

Los carlistas ourensanos apenas tuvieron tiempo de celebrar la fiesta de los mártires de la Tradición, de desmentir los insistentes rumores que apuntaban a la renuncia de sus derechos por parte del pretendiente y de celebrar algún mitin de afirmación en la aldea de Mugares (Toén) cuando se produjo el golpe de estado de Primo de Rivera. A raíz de éste no tardaron en producirse nuevos movimientos en su seno. El 15 de noviembre de 1924, el marqués de Villores escribía a L. Rodríguez una misiva en la que ordenaba a los ourensanos inscribirse en el Somatén «aprovechando la ocasión para armarse; que adquieran el correspondiente armamento todos los nuestros que puedan y que entre los elementos pudientes procuren facilitárselo a los pobres (...)»; según el testimonio de éste último, los jaimistas de toda la provincia ingresarían en esta organización «con la esperanza de que aquellas armas sirviesen para volver a la lucha en defensa de la Causa»¹¹.

En cualquier caso, la naturaleza de esta organización, la más acabada expresión de aquellas uniones cívicas surgidas como respuesta a la marea revolucionaria de 1917¹², no dejaba de resultar especialmente atractiva para el carlismo que,

¹⁰ *El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., pp. 120 y ss.

¹¹ *Ibidem*, pp. 133-134.

¹² Ver GONZÁLEZ CALLEJA, E., y REY REGUILLO, F. DEL: *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1995. El Somatén, en principio, se situaría a medio camino entre la milicia liberal decimonónica encargada de la defensa de los principios burgueses y el activismo populista de los fascios de combate, con la previsión de que intervendría en caso

de no ser por la cuestión dinástica, muy bien podría haber firmado su divisa de «Religión, Patria, Monarquía y Orden». Ciertamente, entre los somatenistas que pudimos identificar en la capital figuraban algunos carlistas compartiendo instrucción y patrulla con esas elites urbanas cómodamente instaladas en la nueva coyuntura, con representantes de las más variadas tendencias políticas y apolíticas, de todos los oficios y profesiones, en consonancia con la amplia base social que en un principio había recibido más o menos enfervorizadamente el cambio de régimen. Sin duda los carlistas buscaban ampliar su propio arsenal de armas —de hecho nos consta que cuando se ordenó la disolución del Somatén ya triunfante la República parte de ellas no fueron nunca entregadas—, pero también valoraban esa cultura de «milicia» que pretendía transmitir lo que no era sino un instrumento más al servicio de la contrarrevolución en manos de la burguesía conservadora vinculada al tradicionalismo y a la derecha autoritaria.

Durante estos años, y a pesar de las expectativas abiertas, lo cierto es que los jaimistas ourensanos no pudieron ampliar sus bases sociales. Apenas podemos anotar la organización de un equipo de fútbol, el *Tristany*, que llevaba el nombre del famoso general carlista catalán, y la fugaz reaparición, en mayo de 1927, de *El Radical*, que dirigía el propio C. Deza y contaba con Eugenio Iglesias Fernández, Luis Rodríguez, Fausto Prado y, en un principio, Ricardo Outeiriño y el presbítero Julio Diz García en la redacción. Esta publicación fue suspendida cuando llevaba tres meses de vida por disposición gubernativa al haberse negado a entregar un artículo a la censura; aunque reapareció en el mes de diciembre de ese mismo año, en abril de 1928 fue nuevamente suspendido, esta vez de forma indefinida. Poco antes, en agosto de 1927 la Agrupación Jaimista se transformó en Centro Regional Legitimista Gallego. El cambio de denominación parece que está relacionado con la nueva misión encomendada a los ourensanos por la dirección de la Comunidad Tradicionalista (CT) de coordinar el movimiento en Galicia; oficialmente se constituyó de modo definitivo en abril de 1930, quedando instalado en un bajo de la Avenida de Buenos Aires. También hay que hacer referencia a los intentos de reorganizar el Requeté, la búsqueda de nuevos apoyos financieros en círculos católicos —es muy significativo que en las cartas que se les enviaban se aludiese repetidamente a la necesidad de contar con una fuerza disciplinada que oponer al avance de la «ola roja»— y contadas campañas de propaganda y de recuerdo a sus mártires¹³.

de grave perturbación del orden público o de amenaza para la integridad nacional (GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La defensa armada del «orden social» durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)», en García Delgado (ed.), *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio. VII Coloquio de Historia Contemporánea de España*, Madrid, Siglo XXI, p. 88). En la práctica, su desconfianza frente a la inestabilidad que suponía el radicalismo formal de la milicia fascista acentuó su carácter de movimiento ciudadano inspirado en las «uniones cívicas», supuestamente de carácter regeneracionista y apolítico y, en realidad, marcadamente contrarrevolucionario, por lo que se convertiría en un apéndice de la Unión Patriótica. Por lo que a Ourense se refiere, su comisión organizadora estuvo presidida por Antonio Saco y Arce por el distrito de Ourense, Luis Conde Balvís por el de Xinzo, Luis Conde Cid por el de Allariz, Arturo Rodríguez Sieiro por el de O Carballiño, Carlos Sánchez García por el de Ribadavia y Benigno Gallego Bazal por el de Verín. Posteriormente, se organizaría en tres grandes circunscripciones con centros en la capital, Allariz y Valdeorras; su máximo responsable fue el médico allaricense Conde Balvís.

¹³ *El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., pp. 141 y ss.

Las dificultades para ampliar sus bases no sólo se relacionan, que también, con las presuntas limitaciones de un discurso anclado en épocas pretéritas —es innegable el atractivo que todavía ejercía sobre una parte de sus tradicionales clientelas—, ni con las características de la estructura socioeconómica ourensana, ni tan siquiera con el hecho de que desde el obispado se les negase la condición de única representación política del catolicismo militante. Por entonces, los sectores conservadores creían tener asegurada la paz social por la acción del «cirujano de hierro» y los intereses de la Iglesia no parecían estar seriamente amenazados, por lo que, en acertada expresión de un joven jaimista citada por J. Ugarte, el carlismo languidecía en sus Círculos de «jugadores de tresillo y nostálgicos de las viejas guerras»¹⁴.

Tampoco ayudaba precisamente a ganar adeptos entre los «propietarios capitalistas» el esbozo de programa, redactado en gallego y distribuido en forma de hoja, que el Centro hizo público en julio de 1930: defensa de la religión y de la independencia de la Iglesia para su gobierno y régimen espiritual, supresión del presupuesto de culto y clero y de las regalías de la Corona, libertad privada de cultos «*sempre que non se opoña[n] a moral, según a doutrina tradizional e d'a Eirexa*», gobierno monárquico limitado «*pol-as Cortes, representación verdá de total-as cras e organismos d'a Nazón, que tendo seus lexitimos representantes n'os concellos mandes seus procuradores as Cortes Xerales*», autonomía política y administrativa «*gobernandose as rexións pol-as suas deputacións rexionaes c'o representante d'o poder central (...) contribuíndo as rexións con cantidades proporcionaes o sosteñemento d'as cargas xeraes d'o Estado, impondo os tributos sobor d'aqueles productos c'as Deputacións rexionaes crean convenientes*», cooficialidad de los idiomas de las diferentes regiones, abolición de los monopolios, contribución estatal a los gastos de la Casa Real limitada al salario «*que pola sua cras n'o Exército ou noutros organismos corresponda os individuos d'a mesma*», posibilidad de apertura de centros de enseñanza sometidos a la inspección de la Iglesia y el Estado, servicio militar voluntario pero instrucción militar obligatoria, restablecimiento de los antiguos gremios como mejor garantía para patronos y obreros y protección de los derechos de éstos últimos, fomento del cooperativismo y el crédito agrícola, etc.¹⁵. Como puede verse, no mucho más que un tímido intento de reactualizar el tradicional discurso que, en lo que al regionalismo se refiere, se encontraba muy alejado de los nuevos tiempos; la posición absolutamente contraria del grupo a los estatutos catalán, vasco y gallego —por lo que creían apreciar que tenían de «separatistas»— pone en evidencia sus limitaciones en este punto, como también se tendrá ocasión de comprobar con ocasión del plebiscito estatutario de junio de 1936, fecha en que dieron orden a sus afiliados y pidieron a sus simpatizantes que se abstuviesen de tomar parte en él.

¹⁴ UGARTE TELLERÍA, J.: «El carlismo hacia los años treinta del siglo xx. Un fenómeno señal», en *Carlismo y contrarrevolución...*, op. cit., p. 176.

¹⁵ *El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., pp. 156-162.

El declive de la dictadura de Primo de Rivera no dejó de ser percibido por los jaimistas ourensanos. Como en el resto del Estado se difunden con avidez las publicaciones que se reciben de otras provincias —recordemos que ya no disponían de un periódico propio— en las que se multiplican los llamamientos a favor de una intensificación de la propaganda ante las inminentes elecciones. Pero en aquellos momentos en que sólo los más crédulos o menos informados creían en la posibilidad de derribar a la Monarquía liberal y sustituirla por la tradicional, no falta quien públicamente denuncia que ante un eventual cambio de régimen o de un retorno a la Constitución de 1876 ni los diputados ni la prensa de la CT serán suficientes para influir decisivamente en la dirección que ellos propugnaban. Por ello, entendían, era preciso recuperar el tono bélico que destilaban los encendidos artículos de otros tiempos y preparar a las huestes jaimistas para un nuevo levantamiento general —que no se mencionaba para eludir la censura—, pues era preciso «que nos recuerde como hemos de conseguir nuestro triunfo», ya que lo contrario «parece querer decir que el triunfo vendrá por un decreto en la *Gaceta*; y si esto se cree y se espera será que no recibimos las aguas del bautismo político y que estamos en el limbo»¹⁶.

De esto último había mucho, en verdad, en el jaimismo ourensano. Abierto el plazo de presentación de candidaturas para las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, una representación de elementos monárquicos dinásticos les ofreció, al parecer, un puesto en una candidatura conjunta para asegurarse los votos que su presidente, C. Deza, tenía en la parroquia de Santa María de Reza. Los jaimistas exigieron un segundo puesto para el almacenista Justo Méndez Aguirre, lo cual no fue aceptado por los dinásticos. Deza renunció entonces a su candidatura, mientras Méndez pactaba su inclusión en las filas de la Unión Monárquica Nacional; aquéllos, conscientes de sus escasos apoyos, no presentaron candidatura propia y lanzaron la consigna de votar en blanco en los comicios. Aunque no es posible determinar en qué medida la orden fue obedecida, lo cierto es que en el municipio capitalino se produjo un virtual empate entre concejales monárquicos y republicanos a la espera de resolver la orientación de uno de los electos y dos dobles empates, por lo que la decisión de aquéllos bien pudo haber dado una orientación diferente al consistorio que, finalmente, se constituyó con mayoría republicana.

3. EL CARLISMO OURENSANO EN LA ENCRUCIJADA REPÚBLICANA

La proclamación de la República provocó sentimientos encontrados entre los tradicionalistas ourensanos, divididos entre la alegría por ver expulsada a la «dinastía usurpadora» de la que da cuenta su documentación interna y la zozobra que generaban unas izquierdas victoriosas con un programa nada tranquilizador. El cauto manifiesto de Don Jaime del 23 de abril en que recomendaba a sus huestes

¹⁶ Ver el artículo del jaimista ourensano reproducido en *El Cruzado español* el 21-XI-1930.

que colaborasen con el mantenimiento del orden y permaneciesen vigilantes ante los embates del comunismo no tuvo siquiera tiempo de ser meditado, pues enseguida la denuncia de la quema de conventos de principios de mayo y, sobre todo, el incremento de la presión gubernamental para dificultar sus actividades proselitistas se convertirían en su principal preocupación¹⁷.

Esto último les impidió monopolizar en su exclusivo beneficio el rechazo que en amplias capas populares despertaba la aplicación de la, en tantos aspectos ingenua, política laicista del Gobierno; ya fuese la prohibición de una procesión, la retirada del crucifijo de las escuelas o el intento, siquiera simbólico, de secularización del cementerio. Pero no sólo en la «persecución» de los gobernadores hay que buscar las razones últimas de tal impedimento. Cuando, a principios del otoño, intentaron poner en marcha su campaña en defensa de la Religión y la Iglesia no recibieron apoyo de ninguna organización católica: ni una sola envió representantes a la asamblea convocada el 27 de septiembre en sus locales. Ello evidencia el aislamiento en que se movían los círculos carlistas de la capital, su debilidad frente al todavía en pañales proyecto social católico que se intentaba poner en marcha desde los aledaños del Palacio Episcopal y el propio desconcierto de las derechas locales, incapaces de sobreponerse al duro golpe que para ellas supusieron la proclamación de la República y los pésimos resultados cosechados en las Constituyentes de junio: sólo 1 escaño para Calvo Sotelo frente a 3 del PRR, 2 del PRRS y 1 de AR, el PSOE y los nacionalistas ourensanos de Otero Pedrayo.

Precisamente el fracaso que para los carlistas supusieron éstas estuvo a punto de provocar un cisma que obligó a los ourensanos a salir al paso en varias ocasiones con rotundos desmentidos en la prensa¹⁸: Jaime de Borbón inició conversaciones con Alfonso XIII para estudiar la posibilidad de poner fin a la disidencia carlista y establecer un único partido monárquico que trabajaría para derrocar a la República y convocaría Cortes corporativas como paso previo para el restablecimiento de la Monarquía (el conocido como «Pacto de Territet»). Su fallecimiento sin sucesión en el mes de octubre permitió que sus seguidores desautorizaran tales contactos y reafirmasen la voluntad de continuar con las actividades de la CT: «... hemos de manifestar (...) que la muerte del Señor no significa la disolución de la Comunión Tradicionalista ni tan siquiera un alto en la marcha de su actuación, puesto que además de haber un legítimo sucesor a sus derechos al Trono de España, siendo la nuestra una cuestión de principios y no de persona, mantié-

¹⁷ Ver, por ejemplo, el oficio de Gobierno Civil de 9-V-1931 en el que su titular, Joaquín Poza Juncal, denegaba autorización para la celebración de un mitin en la parroquia de Calvelle (Pereiro de Aguiar) —cuyo titular era un reconocido simpatizante carlista— aludiendo a «especiales circunstancias y a fin de evitar toda posible alteración de orden público» (Archivo de la Subdelegación del Gobierno de Ourense, sin catalogar).

¹⁸ Compárese esta escasa fortaleza y las diferencias estratégicas con el caso valenciano, donde el carlismo se convierte «durante la Segunda República, en el núcleo aglutinador de la derecha...» y consigue «apropiarse tanto del movimiento católico, representado por la Liga Católica, como del incipiente regionalismo» según defiende VALLS, R.: «Aportaciones del carlismo valenciano a la creación de una derecha movilizadora en los años treinta», en *Carlismo y contrarrevolución...*, op. cit., p. 137.

nense en pié (sic) los principios en toda su integridad, continuando agrupados como un solo hombre bajo las banderas de las Tradiciones Patrias»¹⁹. El sucesor, su anciano tío Alfonso Carlos, de todavía más acusado conservadurismo, favoreció la reunificación con mellistas e integristas para luchar juntos en la encrucijada abierta. De este modo, el carlismo se veía notablemente reforzado y, de hecho, sus afiliados que ocupaban cargos en Acción Nacional los abandonaron para reforzar la CT.

La muerte del pretendiente coincidió con el traslado del Círculo a la antigua sede de la plaza del Trigo. Allí volvieron a juntarse viejos nostálgicos y contados jóvenes, muchos emparentados familiarmente con los anteriores. El centro estaba pobremente dotado: una pequeña biblioteca, un minúsculo gimnasio, tres mesas de billar, diverso mobiliario —parte de él procedente de la disuelta Juventud Antoniana— y una sala de juntas en la que los afiliados rezaban el rosario a las 7 de la tarde²⁰. Su principal animador era el sacerdote Ramón Delage Santos, canónigo de la catedral, secretario particular del obispo Florencio Cerviño y cabeza visible de la oposición clerical al proyecto social-católico que abanderaba el todopoderoso vicario general, provisor de la diócesis y hombre de confianza del prelado Diego Bugallo Pita.

Camilo Deza, que había presidido el núcleo ourensano desde su refundación, falleció en marzo de 1932. Un mes más tarde el Centro Regional Legitimista designó una nueva directiva que pasó a estar formada por Miguel Calviño (presidente), Luis Rodríguez Fernández (secretario), Francisco Santos Fernández, Antonio Casanovas Pereira y Carlos Morais Martínez-Monge (vocales) y R. Delage (consiliario). La Sección de Propaganda pasó a manos de Mariano Valcarce Albiizu, Alejandro Outeiriño Rodríguez, Antonio López Sánchez (posterior director del calvosotelista *Galicia*), Carlos Morais, Eugenio Iglesias, José García Camba, Ramón Rionegro, Natalio Rodríguez y Manuel Dacunha; Plácido Núñez Conde actuaba de consiliario. Donde más cambios se observan con respecto a anteriores directiva es en la dirección del Requeté en lógica correspondencia con el devenir vital de sus antiguos miembros: José Nogueira de Castro (presidente), Nicolás Alcaraz del Río (vicepresidente), Manuel G. Gándara (secretario), Nemesio Santos Treviño (vicesecretario), Lisardo G. Ferrer (abanderado) y Adolfo Villar González, Luis Martínez Bóveda y Federico Cisneros (vocales) y Luis Aniz Goldaracena (consiliario).

A pesar de estos intentos de adaptarse a las nuevas circunstancias, el partido seguía lastrado por sus disensiones internas y Ourense no era una excepción. El 8 de abril de 1932 los ourensanos elevaron un escrito a la Junta Suprema de la CT manifestando su oposición al predominio «integrlista» en dicho órgano a raíz de los nombramientos realizados por el nuevo caudillo, una vez fallecido el marqués de

¹⁹ *La Región*, 4-X-1931.

²⁰ REGO NIETO, M.: *El carlismo ourensano. 1936-1980*, Vigo, Diputación Provincial de Ourense, 1985, p. 12.

Villores. Tras señalar que los firmantes «somos los únicos que en Galicia durante los años de la dictadura mantuvimos encendido el fuego sagrado de la lealtad a los Augustos Proscriptos, sufrimos vejámenes y persecuciones, rechazamos ofrecimientos ventajosos si servíamos al dictador y con el (sic) al usurpador e hicimos la propaganda necesaria para que en nuestra provincia no sean desconocidas nuestras ideas y vean en nosotros la única salvación del país (...)», solicitaban la convocatoria de una Asamblea para designar sucesor «en la inteligencia de que ni un solo hombre se moverá, ni se derramará una gota de sangre, ni se depositará un voto en las urnas, mientras no sepamos quien es el Príncipe de Asturias»²¹. De este modo se alineaban inequívocamente con quienes ya en aquellos momentos deseaban forzar a Alfonso Carlos, que no tenía descendencia, para reconociese de forma oficial el derecho de la princesa Doña Blanca de Castilla, hija mayor de Carlos VII y hermana del fallecido Don Jaime, para transmitir a sus hijos la línea sucesoria.

El escrito también revela la incertidumbre que producían los movimientos de los alfonsinos y las corrientes a favor de la unidad de las dos ramas monárquicas que se estaban produciendo en determinados círculos y que los jóvenes requetés y parte de los antiguos veteranos rechazaban radicalmente: «Fuimos engañados los carlistas tantas veces, fuimos traicionados en tantas ocasiones que la duda anida en nuestro pecho al ver los oscuros manejos de la rama recientemente destronada y esos manifiestos que un día se consideran apócrifos y otro verdaderos que deseamos se aclare de una vez el horizonte si hemos de seguir laborando con el mismo entusiasmo de siempre. (...) ¡Realícense nuestras pretensiones, que son las de la Comunión Tradicionalista y exíjase vida y hacienda, que gustosos daremos; pero no se nos haga trabajar ni sacrificarnos por quien combatimos y a quien combatieron nuestros padres!»²².

Un nuevo factor de división estaba servido, pues un sector, por entonces minoritario en el Centro, se negó a estampar su firma en el documento. En cambio, el grupo que capitaneaba Luis Rodríguez ya se había pronunciado a la muerte de Jame de Borbón por la solución de Carlos de Habsburgo y Borbón, tercer hijo de Doña Blanca, considerando que la rama femenina si bien no podía heredar si transmitía los derechos dinásticos. Frente a ellos estaban los «integristas» —así los denominaba el primero, que rechazaba que pudiera aplicárseles el calificativo de «jaimistas»—, plenamente identificados con Fal Conde, y, finalmente, los que no hallaban más alternativa a la crisis dinástica abierta que la abanderada por Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno: convertir a Juan de Borbón en el heredero de la tradición carlista una vez que su padre abdicase por el giro antiliberal que por entonces encarnaba dentro de la línea alfonsina. De hecho, el diputado cedista Víctor Lis Quibén, más tarde integrado en Renovación Española (RE) y futuro jefe de

²¹ *El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., pp. 180 y ss.

²² *Ibidem*, p. 181. El escrito recibió varias adhesiones de círculos carlistas de diferentes puntos del Estado, una de las cuales, procedente de Andalucía y fechada el 12-IV-1932, fue publicada en *El Cruzado español*.

la Falange de Pontevedra, fue la cabeza visible de una maniobra fallida que intentaba captar a los ourensanos para las tesis de Rodezno: al finalizar los actos de reafirmación organizados en la ciudad de las Burgas el 22 de enero de 1933, Lis se presentó a la directiva «con las raras aspiraciones de convencernos que el Rey era don Juan y no se que otras cosas raras más»²³.

Pero antes de que las disensiones derivasen en fractura, todavía hubo tiempo de elegir una nueva directiva el 12 de febrero de 1933 en la que los «oficialistas» se hicieron con la presidencia, la vicepresidencia y una vocalía. Estaba formada por José González Sas (presidente), Carlos Morais (vicepresidente), Luis Rodríguez (secretario), Antonio López Sánchez (vicesecretario), Francisco Santos (contador) y Antonio Casanovas, Eugenio Iglesias Fernández, Vicente Núñez y José Gil Fernández (vocales). Seguidamente, la nueva junta nombró al presbítero Plácido Núñez Conde presidente de la Sección de Propaganda y al estudiante Inocencio Castelao Bernárdez presidente del Requeté²⁴; también se acordó acelerar los trabajos para organizar la Sección Femenina —cosa que, como veremos, aún tardaría un tiempo en concretarse— y presentar candidatos a las elecciones. Entre los días 16 y 17 se completaría el nuevo organigrama: Eugenio Iglesias Fernández (secretario) y Leopoldo Docompo Blanco, Antonio López Sánchez, Vicente Fernández Nóvoa, Francisco Céspedes Diz y José González Diéguez (vocales) se incorporaron a la Sección de Propaganda, y Luis Martínez (secretario), Cesáreo Gómez (tesorero), Álvaro Álvarez Acevedo, Ricardo Martín Esperanza, Cesáreo Fernández y Luis Fernández Quintas (vocales) y Plácido Núñez Conde (consiliario) lo hicieron a la junta del Requeté.

En el interior de la nueva dirección del Centro los conflictos eran frecuentes pues, como señalamos, de sus nueve miembros tres eran «oficialistas» y seis legitimistas autodenominados del «Núcleo de la Lealtad». El 28 de junio de 1933 estos últimos (Luis Rodríguez, Antonio López, Francisco Santos, Antonio Casanovas, Eugenio Iglesias y José Gil) presentaron su dimisión «al objeto de evitar incidentes violentos que podían producirse en un momento dado». Cuatro días más tarde se celebró una junta general para designar una nueva directiva. Los díscolos presentaron una candidatura propia encabezada por Rodríguez Fernández pero, probablemente por falta de apoyos, la retiraron antes de la votación y certificaron seguidamente su baja en el Centro. La nueva junta mantenía a González Sas y a Morais en los puestos de presidente y vicepresidente, y daba entrada a I. Castelao y a R. Martín en la secretaría y la vicesecretaría, respectivamente, y a Francisco González y P. Núñez como tesorero y contador; Lorenzo Sánchez, Vicente Núñez y Antonio Gil figuraban como vocales y R. Delage como consiliario²⁵.

²³ *Ibidem*, pp. 197-198.

²⁴ Sobre la organización del Requeté y la violencia carlista *vid.* ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, J.: «El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936», en *Arbor*, 491-492, 1986, pp. 27-75; CANAL, J.: «La violencia carlista tras el tiempo de las carlistadas: nuevas formas para un viejo movimiento», en S. JULIÁ (dir.): *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 25-66; GONZÁLEZ CALLEJA, E., y J. ARÓSTEGUI: «La tradición recuperada: el requeté carlista y la insurrección», en *Historia Contemporánea*, 11, 1994, pp. 29-53 (en especial pp. 33 y ss.).

²⁵ *El tradicionalismo ourensano...*, *op. cit.*, pp. 201 y ss.

La cuestión de la sucesión de Alfonso Carlos no fue, en nuestra opinión, la única y ni siquiera la razón principal de la ruptura. A principios de 1932 un grupo que el propio L. Rodríguez califica de «elementos integristas y monárquicos de la caída dinastía que habían sido enemigos o indiferentes al carlismo», había solicitado «como obedeciendo a un plan deliberado» ingresar en el Círculo «patrocinados por un sacerdote, leal carlista, de una bondad extraordinaria, pero de escasa inteligencia y a quien engañaban con facilidad», sin duda en referencia a Delage²⁶. Los nuevos afiliados se identificaron con la posición «oficialista» de la Junta Suprema que desde la primavera de 1932 presidía el conde de Rodezno y que, tras constatar que la victoria de las derechas en las elecciones de noviembre no se traducían en un cambio de régimen, pasaría enseguida a estar controlada por Manuel Fal Conde. Tras su ingreso maniobraron a espaldas de la directiva, claramente anclada en planteamientos propios de principios de siglo que no se adaptaban a los planteamientos políticos y a las nuevas formas de lucha que los más intransigentes pretendían imponer para derribar a la República, y contactaron directamente con la Junta sin ocultar su intención de hacerse con la dirección e imponer una línea más dura y próxima a la colaboración con los alfonsinos en la sección ourensana.

En cambio, los legitimistas ourensanos se mostraban intransigentes respecto al candidato que venía sonando para la sucesión y también se negaban a cualquier transacción con los alfonsinos, como demuestra su rechazo a la línea que patrocinaba Rodezno (al menos mientras pensó que podría favorecer que éstos entrasen en la CT como una especie de «cuarta corriente», es decir, hasta la constitución oficial de RE el 10 de febrero de 1933) y su continua oposición a la presencia en Ourense de M.^a Rosa Urraca Pastor y Lamamié de Clairac²⁷. Al mismo tiempo aún no comulgaban con el modelo de «acción directa» que defendían varios de los recién llegados, muy probablemente por el peligro de *dérive* fascistoide que apreciaban en sus tácticas. En este sentido resulta muy clarificador que L. Rodríguez reconozca que los izquierdistas promovieron incidentes con estos «tradicionalistas de nuevo cuño», pero nunca provocaron a los viejos carlistas; como también el hecho de que dos hombres clave de la nueva directiva del Centro se incorporen a FE de las JONS poco después de organizado el núcleo ourensano y antes incluso de su salida de las catacumbas: R. Martín Esperanza e I. Castela, este último enseguida ascendido a la jefatura de su «primera línea» y captado con otros compañeros por el entonces jefe provincial E. Valencia Fernández en la segunda mitad de 1934.

Los acontecimientos posteriores avalan, sin duda, esta interpretación: el 4 de julio la prensa ourensana publicaba una nota fechada dos días antes en la que se anunciaba que el Núcleo de la Lealtad (de los escindidos sólo José Gil no aparecía

²⁶ *Ibidem*, pp. 184-185.

²⁷ Es muy significativo que menos de un mes después de la salida del Círculo del grupo disidente, Lamamié y Urraca pastor fuesen invitados a pronunciar un mitin los días 18 y 19 de julio en la capital y en Ribadavia; el primero de ellos se saldó con varios heridos y numerosos contusionados como resultado de los graves incidentes que se produjeron cuando un nutrido grupo de izquierdista intentó boicotarlo siendo rechazados por las porras de los requetés y obligando con ello a la intervención de la fuerza pública (ver la interpretación que de los hechos ofrece *La Región* en sus números del 19 y el 20-VII-1933).

entre los firmantes) abriría en pocos días un Círculo Carlista Obrero en el cual solamente tendrían cabida quienes «además de profesar los ideales católico-monárquicos», poseyesen «un espíritu decididamente antialfonsino y antifascista». Su participación en la Asamblea Nacional Carlista de Zaragoza en mayo de 1935 reafirmaría sus diferencias con los «integristas-falconistas», a cuyos seguidores consideraban en «rebeldía doctrinal y de procedimientos». En consecuencia, parece evidente que las relaciones con otros grupos de la derecha radical, tanto alfonsinos como falangistas, fueron determinantes en la escisión.

El 15 de agosto de 1933 se convirtió en la fecha oficial de fundación del nuevo Círculo, una semana después de presentar su reglamento en el Gobierno Civil. La sede se fijó en el número 15 de la calle de Colón (más tarde pasaría a la calle Primavera y, finalmente, a la plaza del Corregidor) y su primer presidente fue Antonio López Sánchez. La directiva encargada de ponerlo en marcha fue renovada el 8 de marzo siguiente: A. López y L. Fernández continuaban, respectivamente, en la presidencia y la secretaría, completando la misma Eugenio Iglesias Fernández (vicepresidente), Francisco Santos Fernández (contador) y David Diz García, Mariano Valcarce Albizu, Dámaso Fernández y Manuel Alonso (vocales). Entre los proyectos iniciales que se dieron a conocer figuraba, en línea con su tradicional paternalismo, la creación de una mutulidad tradicionalista para ayudar económicamente a los afiliados enfermos o en paro y a los detenidos por su militancia en la organización y la recuperación de la escuela nocturna para los inscritos.

El confusionismo provocado por su salida a escena fue considerable. Primero se vieron obligados a reafirmar el carácter exclusivamente político de la nueva organización, alejado de cualquier «centro de resistencia» vinculado a la lucha de clases, que rechazaban con el socorrido recurso entre la derecha de mediar ante los patronos para que contratasen a sus afiliados. A continuación hubieron de marcar distancias con los nacionalistas gallegos, de los cuales, señalaban, no sólo los separaba su apuesta por la restauración monárquica en la persona de Alfonso Carlos y el reconocimiento del archiduque Carlos de Habsburgo como Príncipe de Asturias, sino el rechazo del sufragio universal, la defensa de un sistema corporativo y el separatismo de quienes «consideran a Castilla como tierra extranjera»²⁸.

La escisión de los tradicionalistas tampoco favoreció precisamente sus pretensiones de ser tenidos en cuenta con vistas a la formación de una plataforma electoral conjunta de todas las derechas con el horizonte puesto en las legislativas

²⁸ Sin embargo, cuando se produce la escisión de Vicente Risco y el sector más derechista del Partido Galeguista en Ourense por su oposición a la inclusión de sus miembros en las candidaturas del Frente Popular, la Jefatura Nacional Carlista ordenó a los ourensanos que intentase atraer a algún «elemento aprovechable» del partido; entonces, los miembros del Círculo Obrero acordaron «que siendo muy difícil de que ningún dirigente galleguista viniese al carlismo y toda vez que ellos eran un número bastante reducido en comparación con nosotros, debíamos los carlistas tratar de entrar en el partido galleguista pues (sic) siendo varios centenares, podíamos por mayoría hacer cambiar el carácter republicano que tenía dicho partido» (*El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., pp. 212-213 e 258-259). La sublevación militar hizo imposible que esta maniobra, de difícil concreción práctica, tuviera siquiera oportunidad de intentarse.

de noviembre de 1933. La Unión Orensana de Derechas (UOD) se presentó en los medios de prensa a mediados del mes de octubre después de numerosos contactos para unir a todas las fuerzas católicas «contra todos los que van contra nuestra civilización», según afirmaba *La Región*: tradicionalistas, calvosotelistas, miembros de Acción Popular y agrarios apoyan una iniciativa que lleva por divisa los ideales de Dios, Patria, Propiedad y Familia y que se presenta públicamente bajo el lema de «unidad de mando, unidad de acción y frente único contra el marxismo»²⁹. Además del diario católico, la plataforma también contaba con el apoyo del órgano calvosotelista *Galicia*.

Los acuerdos iniciales establecían que la UOD presentaría siete candidatos por las mayorías, de los cuales tres correspondían a los hombres de RE (Calvo Sotelo, José Sabucedo Morales y Demetrio Macia Valcarce), dos a los católicos de Acción Popular Agraria (Carlos Taboada Tundidor y Luis Espada Guntín), uno al agrario independiente Antonio Taboada Tundidor y uno al conglomerado tradicionalista-carlista, lo cual exigía un pacto entre escindidos y «oficialistas». Éstos últimos propusieron a una de las «bestias negras» de los primeros, Urraca Pastor, mientras el nuevo Círculo hacía lo propio con Jesús de Cora y Lira; Cora había participado en la campaña a favor del Estatuto de Galicia, lo que sirvió de pretexto para que los «oficialistas» rechazasen su inclusión en la candidatura, respondiendo los del Núcleo de la Lealtad que vetarían a cualquier aspirante del tradicionalismo oficial. Se llegó entonces a una transacción que pasaba por ofrecerle el puesto al notario Alejandro Pedrosa Neira, pero las maniobras de unos y otros, de alfonsinos y católicos —especialmente de éstos últimos— lo hicieron finalmente desistir. De cara a la opinión pública los hechos fueron presentados como si de una «renuncia voluntaria» se tratase, aprovechando Calvo Sotelo para colocar en su lugar a Andrés Amado y Reygondaud de Villebardet, gobernador civil de Valencia en el momento de proclamarse la República, director general del Timbre con Primo de Rivera y activo colaborador del tudense durante la Dictadura. El 7 de noviembre el Centro Regional Legitimista Gallego (los «oficialistas») publicaba una nota a espaldas del Círculo según la cual «Por dificultades surgidas en Unión Orensana de Derechas al hacer el acoplamiento de candidatura para las próximas elecciones no figura en ella representante de la Comunión Tradicionalista»; no obstante, el comunicado pedía el voto de afiliados y simpatizantes para la candidatura derechista³⁰.

La coalición fue posible no porque se produjera un acercamiento político y estratégico entre sus integrantes; se trataba más bien de una cuestión de mera supervivencia impuesta por la legislación electoral, lo cual no obsta para que fuese in-

²⁹ Cit. en VALCÁRCCEL LÓPEZ, M.: *Ourense, 1931-1936: Estructura económica e comportamentos políticos*, Tesis de doctorado inédita presentada en la Universidad de Santiago de Compostela en 1992, p. 692.

³⁰ *La Región*, 7-XI-1933. Los resultados electorales dieron cuatro actas al Partido Radical (PRR) y cinco a la UOD: Sabucedo, Calvo Sotelo y Amado de RE, C. Taboada de APA y A. Taboada por los agrarios.

sistentemente reclamada por la mayor parte de las respectivas bases sociales como demuestra con claridad el caso ourensano. Curiosamente, su ruptura —que, en la práctica, se produjo cuando los seguidores de Gil Robles decidieron apoyar parlamentariamente al gobierno encabezado por el Partido Radical, aunque formalmente se retrasó hasta enero de 1934 cuando cedistas, agrarios y republicanos votaron en contra de una proposición de urgencia presentada por los monárquicos para reclamar el perdón a Calvo Sotelo y Guadalorce— significó un respaldo político para los escindidos del oficialismo. El ataque que los integristas y los jóvenes de la Asociación de Estudiantes Tradicionalistas dirigieron contra Rodezno y sus partidarios obligó a éste a dimitir días después de que el 20 de abril una junta de jefes regionales decidiese dar una nueva orientación al partido. Manuel Fal Conde, por entonces opuesto a cualquier colaboración con los alfonsinos, fue elevado por el pretendiente a la Secretaría General de la CT. A pesar de que su nombramiento trajo consigo el frenazo a los anteriores intentos de fusión dinástica que la fracción del Núcleo de la Lealtad tanto había criticado, las diferencias personales y la animadversión que sus miembros, herederos del viejo jaimismo, profesaban al integrismo hicieron inviable cualquier aproximación inmediata entre las dos corrientes.

4. EL TIEMPO DE LA CONSPIRACIÓN

A pesar de las profundas disensiones internas que corroían al carlismo-tradicionalismo ourensano y de su incapacidad para crecer en apoyos al no poder monopolizar en exclusiva el descontento católico, ambas fracciones presentan algunos síntomas de revitalización interna desde principios de 1934 hasta el punto de situarse a la vanguardia de Galicia. Al menos a juzgar por la presencia de afiliados y simpatizantes desplazados a mediados del mes de julio a la localidad de San Toribio de Potes (Santander), donde un crecido Fal Conde no dudó en identificar a los combatientes del siglo XIX con las nutridas juventudes dispuestas a echarse al monte para iniciar la reconquista de España³¹. Pasado el verano, se juntaron en el Círculo Tradicionalista 34 jóvenes para fundar la tantas veces aplazada Sección Femenina, las populares «Margaritas». La comisión organizadora estaba formada por Rita Vázquez, Sara Nóvoa, Maruja Lamelas, Encarnación Alcaraz, Ermitas Varela, Carmiña Gallego y Antoñita Amor; el 4 de noviembre se eligió su primera junta directiva, formada por Julia Arias Fernández (presidenta), Nita Vázquez (vicepresidenta), Encarnación Alcaraz del Río (secretaria), Pepita Céspedes Diz (vicesecretaria), Catalina Álvarez (tesorera) y Antoñita Amor, Araceli Sánchez e Amalia Arias (vocales).

Algunos de estos apellidos, al igual que los de las diferentes directivas masculinas, nos remiten de forma evidente hacia ese reducido círculo de familias de cierta tradición en las que la militancia en el carlismo se transmitía de generación en generación y se vivía como una comunidad de vida, por lo que nada tiene de

³¹ GONZÁLEZ CALLEJA, E., y J. ARÓSTEGUI: «La tradición recuperada...», *op. cit.*, p. 44.

extraño que se repitan en cuanto sección o comisión dependa o sea organizada por el partido. Pero otros, quizá los más, tienen que ver más con esos sectores de la clase media y media-alta profundamente católica que habían acrecentado sus caudales, consolidado sus negocios o despachos profesionales y establecido, en algún caso, puentes con los aledaños del poder local en los últimos años de la Restauración y la Dictadura de Primo de Rivera y que ahora veían amenazadas creencias y posiciones por la ola revolucionaria que todo lo invadía.

Estas tentativas de reforzar la estructura orgánica de unos y otros caminan de forma paralela a su esfuerzo por continuar armándose. No sólo se busca poner coto a los ataques de la izquierda local, caso del perpetrado en abril de 1934 cuando un grupo intentó incendiar los locales de la calle Primavera, sino que se sigue trabajando con el horizonte de un nostálgico levantamiento que para los ourensanos más parecía mirar en muchos aspectos hacia el siglo XIX que a aquellos años treinta. De hecho, el 6 de enero de ese año una representación de ambas familias, encabezada por F. Santos, A. López, L. Rodríguez y el «oficialista» Nicolás Alcaraz del Río, visitó al jefe regional de Galicia, Tomás Blanco Cicerón, que se encontraba hospedado en el pazo de Tor, propiedad de José Taboada de Zúñiga. Le llevaban una insensata propuesta de organizar unas partidas armadas que se echarían al monte para combatir militarmente al régimen, cosa que el dirigente gallego juzgó prudente diferir remitiendo a los proponentes a una posterior reunión en la que se estudiaría con detalle el proyecto.

Pero si ese nostálgico alzamiento seguía estando presente en la mente de representantes de ambas fracciones, no se nos puede ocultar que el ahora sector mayoritario era el que apostaba más claramente por adaptarse a la lucha por la «conquista de la calle» que estaba a punto de desatarse con intensidad en Ourense. Ya desde principios de siglo los carlistas ourensanos tenían organizadas varias vías de suministro de armas. Una de las más socorridas era la adquisición de pistolas fabricadas por un grupo de correligionarios despedidos de diversas fábricas a raíz de los sucesos de Eibar: las populares *Vesta* y *Regina*, que eran adquiridas por el antiguo Círculo jaimista y rifadas entre los afiliados que concurrían a sus reuniones. Paralelamente, como señalamos, los ourensanos se implicaban activamente en el contrabando de armas en favor de los monárquicos portugueses que intentaban derribar por la fuerza al régimen luso; fracasada la proyectada «invasión», importantes cantidades de armamento y municiones permanecieron ocultas en la frontera a la espera de mejores tiempos o de nuevos actores que las enarbolasen. En este contexto, hacia principios de 1934, L. Rodríguez contactó con uno de los antiguos jefes de aquellas partidas, José María Borxes do Val, para que le facilitase varios de aquellos viejos fusiles que hacía llegar a casa de un antiguo alabardero de A Forxa (Porqueira) a través de unos parientes de aquél, los hidalgos de Paradela; allí eran recogidos por el carlista y transportados a Ourense en una camioneta³².

³² *El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., pp. 46-47 e 221-222.

Los «oficialistas», al mismo tiempo que el antiguo dirigente jaimista se ocupaba de tales menesteres, intentaban avanzar en la línea impuesta por Fal Conde. I. Castelao, el máximo responsable del Requeté antes de ingresar en FE de las JONS, adoptó para los ourensanos la nueva organización inspirada en el *Compendio de Ordenanzas, Reglamento y Obligaciones del Boina Roja, Jefe de Patrulla y Jefe del Requeté* preparado por el entonces coronel Varela. En la práctica, no creemos que se fuese mucho más allá de la constitución inicial de dos o tres «patrullas», compuestas por cinco boinas rojas al mando de un jefe; como mucho, existiría un «grupo» estable (tres patrullas y un total de 20 hombres) con el propio Castelao al frente, que se vería reforzado por otros miembros de las antiguas Juventudes y afiliados y simpatizantes menos comprometidos en mítines y actos de propaganda.

Estos jóvenes representaban la «vanguardia» del tradicionalismo, caracterizándose por el rechazo del accidentalismo y la defensa de la acción directa, lo cual los llevaba a organizarse paramilitarmente y a participar en toda clase de disputas callejeras desde tiempo atrás. Pudimos identificar a poco más de medio centenar en la capital antes de la sublevación militar, incluidos los que se pasan a Falange en un momento determinado, por lo que su número total no debió de exceder de los 60 o 70, a los que habría que añadir pequeños grupos dispersos por la provincia hasta sumar aproximadamente un centenar; una cifra coherente con los 240 hombres organizados en un Requeté que las fuentes oficiales de la Comunidad aseguraban tener dispuestos en toda Galicia poco después de las elecciones de febrero de 1936. Aún así es probable que la mayoría figurase sólo nominalmente por la ya apuntada identificación entre las Juventudes y el Requeté.

La posición de quienes venían apostando por la insurrección y el fortalecimiento de los grupos armados implicados en la violencia callejera por no albergar dudas acerca de que toda colaboración con el régimen era dar alas a la revolución, se vio claramente reforzada por los sucesos revolucionarios de octubre de 1934. Cuando se declaró la huelga general, los carlistas ourensanos adoptaron una posición muy similar a la de Falange. Con todo, no tenemos constancia de que en Ourense se ofreciesen formalmente a las autoridades para colaborar en el mantenimiento del orden en la línea de lo autorizado por Fal Conde³³, ni tampoco de su participación en las diferentes guardias cívicas organizadas en algunos puntos de la geografía provincial; lo puramente testimonial de sus contadas organizaciones locales —en la práctica inexistentes salvo algún reducido círculo de militantes aislados— fuera de la capital y el hecho de que en ésta última las fuerzas del orden y el ejército se bastasen y sobrasen para hacer fracasar las escasas acciones que se llevaron a cabo, explican el silencio de las fuentes³⁴.

³³ Cfr. CANAL, J.: «La violencia carlista...», *op. cit.*, p. 59.

³⁴ Sobre el desarrollo de estos acontecimientos en la provincia *vid.* PRADA RODRÍGUEZ, J.: *As lapas da revolución. O outubro vermello en Ourense*, Ourense, Obradoiro de Historia de Galicia, 2004.

El profundo impacto que tales sucesos tuvieron en estos sectores, si bien no alteró sustancialmente su discurso, sí introdujo algunos matices que no pueden dejar de ser tenidos en cuenta. Hasta entonces la justificación del insurreccionalismo residía, principalmente, en la conciencia de que su acción política no sólo era insuficiente para derribar al régimen —antes la Monarquía y ahora la República—, sino que, aunque éste cayese, no serían capaces de imprimirle al nuevo una orientación acorde con sus postulados. Ahora se añadía a esto la necesidad de anticiparse a los intentos del marxismo de tomar el poder de forma violenta y liquidar a la civilización cristiana, ya suficientemente amenazada por la acción gubernamental durante el primer bienio. Incluso los seguidores del Núcleo de la Lealtad no renunciaron, en adelante, a solicitar el apoyo económico de los derechistas locales con constantes alusiones a la urgencia de «sostener y acrecentar las eficaces fuerzas de choque con que las derechas españolas en general puedan contar para el probable caso de un desbordamiento de las fuerzas rojas», además de insistir nuevamente en la petición de que se dirigiesen a su sede en demanda de operarios para cualquier trabajo a fin de favorecer a los obreros expulsados por sus ideales de la Casa del Pueblo, sin duda la más eficaz defensa para evitar que socialistas y comunistas los captasen para su causa³⁵.

La revolución de octubre también insufló vida a un viejo proyecto que Pedro Sáinz Rodríguez le había sugerido a Calvo Sotelo en una de sus frecuentes visitas a París y que permanecía estancado desde la primavera: la constitución de un Bloque Nacional (BN) bajo el liderazgo del tudense abanderado por el sector neotradicionalista de RE que, a diferencia de los contrarios a Rodezno, no habían sido capaces de desbancar a Goicoechea en las preferencias de Alfonso XIII. La «publicación» de su Manifiesto a principios de diciembre de 1934 —la censura impidió que apareciese en la prensa— no ayudó precisamente a clarificar ni a integrar la estrategia de las fracciones que competían en Ourense por la representación del carlismo. Antonio López Sánchez, presidente de los escindidos, publicó un artículo en el *Galicia* el día 15 en el que insistía en que el BN no era un partido más sino un aglutinante del espíritu que había presidido la formación de la UOD en noviembre del año anterior; curiosa interpretación cuando el propio Calvo Sotelo, tras afirmar que se mantendrían los compromisos electorales, se esforzaría en dejar claro que el BN buscaba, sencillamente, la conquista del Estado «Y esto presupone un contacto más profundo y perenne del preciso y corriente en simples coaliciones electorales, apenas pactadas, apenas desechas»³⁶. Cinco días más tarde, sus correligionarios dieron a conocer una dura nota en la que rechazaban cualquier posible colaboración por entender «que las bases de inteligencia y de acuerdo que se establecen en el documento de referencia suenan demasiado a neo-fascismo, de una parte, y a autocracia y despotismo de otra, que lejos de inspirarse en la verdadera Tradición nacional, la rechazan. (...) En consecuencia (...) no quieren cooperar a movimientos que, con más o menos disimulo, aspiran a restaurar una di-

³⁵ *El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., pp. 229-231.

³⁶ *Galicia*, 15 y 16-XII-1934; VALCÁRCCEL LÓPEZ, M.: *Ourense, 1931-1936...*, op. cit., pp. 258-259.

nastía contra la cual han peleado en los campos de batalla, ni a instaurar un régimen irreconciliable con el espíritu español»³⁷. El respeto a los «Fueros Venerandos» y a las «santas libertades de la vieja y auténtica España» también se consideraba incompatible con ese «Estado nuevo» que por entonces predicaba con entusiasmo el ex ministro de Hacienda, por lo que calificaban al BN de «liga para cazar incautos en beneficio de lo que se derrumbó en abril bajo el peso de sus fracasos».

Los «oficialistas», siempre lastrados por los virajes de la cuestión dinástica, reaccionaron con mayor prudencia en correspondencia con la desconfianza que la operación había producido también en Fal Conde, el cual rechazara una primera redacción y sólo comprometió su concurso sin demasiado entusiasmo cuando fue corregido en sentido «tradicionalista»³⁸. La principal preocupación del dirigente carlista, al margen de las diferencias que lo separaban de la concepción del Estado y el régimen corporativo que propugnaba Calvo, era la de preservar la autonomía de la CT, particularmente la de sus Juventudes y el Requeté, pues lo contrario iría en detrimento de su capacidad de movilización autónoma corriendo además el riesgo de que sus acciones fuesen instrumentalizadas por los alfonsinos³⁹. Incluso así, la mayoría de las organizaciones locales de Galicia se mostraron dispuestas a acogerlo favorablemente, quizás conscientes de que el predicamento que en dichas tierras tenía el líder derechista erosionaría seriamente sus ya reducidos apoyos electorales en caso de una abierta confrontación; por el contrario, en las zonas donde el carlismo sí era una fuerza de base popular significativa, su militancia no se sintió precisamente identificada con el experimento.

Además de la estrategia política a seguir, las dos fracciones del carlismo ourensano se mantenían ocupadas con sus tradicionales actos conmemorativos y religiosos. Y tampoco faltaron en estos meses algunas juntas convocadas para discutir la posición a adoptar en la asamblea del partido de la primavera de 1935 sobre aspectos como la legitimidad de origen y de ejercicio de la Monarquía tradicional, la cuestión de la sucesión y del sucesor, la conveniencia y las exigencias para la conclusión de alianzas con otras fuerzas, la restitución del nombre clásico de Comunión Católica Monárquica, las normas para el buen régimen de gobierno de la causa carlista, las maneras legítimas de obtener medios de propaganda, etc.⁴⁰. Mientras, Calvo Sotelo, más pragmático, miraba cada vez menos disimuladamente hacia Sanjurjo como cabeza de un golpe militar que crease las condicio-

³⁷ *El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., pp. 227-229.

³⁸ BULLÓN DE MENDOZA, A.: *José Calvo Sotelo*, Madrid, Ariel, 2004, p. 476; GIL PECHARROMÁN, J.: «El Bloque Nacional», en *La Guerra Civil*, 3, Madrid, Historia 16, 1986, pp. 84-86. De este último autor, cfr. *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, Eudema, 1994; y «El conservadurismo alfonsino en la Segunda República», en J. TUSELL, F. MONTERO y J. MARÍN (eds.): *Las derechas en la España contemporánea*, Barcelona, Anthropos, 1997, pp. 211-236.

³⁹ GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 269; BULLÓN DE MENDOZA, A.: *José Calvo Sotelo...*, op. cit., p. 481.

⁴⁰ A este respecto *vid.* el manifiesto del mes de abril —que, entre otros dirigentes gallegos, firma Luis Rodríguez Fernández— en *La Región*, 13-IV-1935.

nes necesarias para establecer un Estado corporativo bajo su batuta, paso previo para la instauración de una Monarquía neotradicionalista en la persona de Don Juan; los ejemplos de Grecia, Portugal o Hungría parecían marcar claramente el camino a seguir. Claro que para ello era preciso que el BN integrase a las dos grandes familias monárquicas, asumiese el control de las negociaciones con los militares, dispusiese de una fuerte minoría de bloqueo político frente a la CEDA y, naturalmente, que Alfonso XIII estuviese dispuesto a abdicar en su hijo⁴¹. Ninguna de ellas tendría efectividad práctica.

Los escasos efectivos, las disensiones internas y los estrechos círculos familiares, casi de secta, en que se movía el carlismo ourensano no representaban una grave preocupación para las autoridades. Cuando menos no hasta finales de 1935, momento en el que ya es posible detectar una más que ostensible confluencia táctica con los falangistas anticipada por su actuación conjunta para boicotear la celebración del 14 de abril. Después fueron varios actos de propaganda unitarios, que incluso implicaron a dirigentes del Núcleo de la Lealtad, antes tan remisos a cuanto tuviese que ver con el fascismo. Más tarde el acuerdo, concluido en el mes de enero siguiente, entre tradicionalistas-oficialistas, legitimistas históricos del nuevo Círculo y miembros de Falange en el sentido de que si los izquierdistas asaltaban cualquiera de sus respectivos centros, los asaltados «se defenderían desde dentro y los [otros] atacarían en la calle a los asaltantes»; un acuerdo que se ampliaría a la protección recíproca cuando, tras la clausura del centro de Falange —que en Ourense se adelantó al 24 de febrero como consecuencia de la espiral de enfrentamientos que dio comienzo la misma jornada en que se conocieron los resultados electorales—, afiliados del Ribeiro, «desconectados de sus dirigentes, en el Círculo Tradicionalista encontraron albergue, alimentación y armas para defenderse si eran atacados»⁴². Por último, la participación conjunta en frecuentes enfrentamientos y alteraciones del orden que se suceden en la capital desde el mes de febrero de 1936, incluidos los ocasionados con ocasión de la venta de su prensa: el 6 de enero el sector tradicionalista sacaba a la calle el semanario *España*, que probablemente tuviese por objeto apoyar la candidatura de Delage y, al mismo tiempo, preparar a las huestes para lo que se les podía venir encima. También mantuvieron algunos contactos con las Juventudes de Acción Popular (JAP), especialmente a través de la Agrupación Escolar Tradicionalista, una raquílica organización estudiantil en la que encontramos prácticamente a los mismos nombres que el Requeté, limitados, lógicamente, a los estudiantes.

Este sector, que siempre había apostado por una acción insurreccional propia aunque ahora cayera en la cuenta de su incapacidad para derribar en solitario a la República, contactó finalmente con los militares más reaccionarios de la guarnición ourensana con vistas a los preparativos de un golpe. A poco de convocarse las elecciones de febrero de 1936, cuando las derechas aún parecían seguras de su

⁴¹ GIL PECHARROMÁN, J.: «El Bloque Nacional»..., *op. cit.*, p. 69.

⁴² *El tradicionalismo ourensano...*, *op. cit.*, p. 246.

victoria, Carlos Morais sondeó a FE de las JONS sobre cuál sería la actitud que adoptarían sus afiliados en caso de un eventual pronunciamiento. Morais actuaba como comisionado del jefe del batallón, J. Ceano Vivas, y en calidad de tal se entrevistó con Fernando Meleiro, por entonces jefe territorial de la Falange gallega pero aún muy vinculado con la organización provincial. Según cuenta el propio Meleiro, el carlista puso al corriente al líder falangista de los detalles del plan de los militares⁴³. En esencia, las bases del acuerdo por lo que a los carlistas se refiere, pasaban por un eventual reparto de armas para sus afiliados que, en unión de los de Falange, reforzarían los efectivos de los militares y colaborarían con éstos en el mantenimiento del orden y en la creación de un estado de opinión favorable al golpe. Esto último sólo se concretaría en el caso de que las izquierdas desencadenasen un proceso revolucionario para impedir la transmisión de poderes; sin embargo, al mismo tiempo que aparecían las primeras dudas sobre el triunfo, comenzó a manejarse la hipótesis de pronunciarse incluso si los firmantes del Frente Popular pretendían «ir más allá de lo expresado por el cuerpo electoral».

Mientras estos contactos se desarrollaban, los tradicionalistas, representados por Ramón Delage Santos, fueron incluidos en las candidaturas del Frente Antirrevolucionario sin contar para nada con los hombres del Núcleo de la Lealtad, que pudieron mantener así la vitola de ser los únicos que públicamente aclamaban sin disimulo a Alfonso Carlos y a Carlos de Habsburgo como su legítimo sucesor. Delage publicó un manifiesto propio a finales del mes de enero en el cual, además de justificar la participación de la CT en los comicios por la necesidad de favorecer la unión de todas las derechas, todavía aludía al «regateo de puestos, con el consiguiente perjuicio para la Causa de España» practicado por los «partidos de orden», al tiempo que hacía votos por «lanzar por la borda el pesado bagaje del «viejo estilo» e infiltrar en la política y aún en esta absurda farsa electoral algo de espiritualidad y juventud, algo que esté de acuerdo con la modernidad de la lucha y con las características del enemigo». Según las Actas de Escrutinio manejadas, obtuvo algo más de 25.300 votos que, desde luego, no son expresión del peso real de este sector en la provincia sino el producto de su inclusión en la candidatura derechista y de los pactos caciquiles alcanzados por sus notables en buena parte de su geografía. En este sentido resulta especialmente significativo que sólo en 11 de los 94 ayuntamientos superase la barrera del 5% de los sufragios y que 7 de éstos estuviesen situados en los partidos de Celanova y Xinzo de Limia, donde únicamente existían pequeños grupos de simpatizantes organizados; en cambio, en Peireiro de Aguiar, probablemente el núcleo más importante después de la capital, su candidato no obtuvo ni un solitario voto, al igual que en Xunqueira de Ambía. Además de estos dos ayuntamientos, existían grupos locales organizados en Petín, A Rúa, Viana do Bolo y O Carballiño, pero, en lo que a apoyos electorales se refería, lo determinante continuaban siendo los sufragios movilizados por los empresarios políticos rendidos a los dirigentes de cada formación. Y en esto los tra-

⁴³ MELEIRO, F.: *Anecdotario de la Falange de Orense*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957.

dicionalistas no tenían demasiado que ofrecer, incluso prescindiendo de las diferencias internas que los corroían y de las rivalidades entre sacerdotes como Delage y el todopoderoso provisor de la diócesis, el ya citado Bugallo Pita, uno de los factótum de la CEDA.

El proyecto de sublevación no llegaría a ver la luz porque el ejército, en aquella ocasión, no se atrevió a pronunciarse al interpretar con acierto que la decantación hacia el extremismo insurreccional todavía no había desarrollado todo su potencial entre el elemento civil. Ésta no tardaría en producirse, revalorizando el papel de la CT ourensana que, tras la derrota electoral y en la línea de lo apuntado por M. Blinkhorn, experimenta asimismo los síntomas de una creciente fascitización⁴⁴. Mientras desaparece toda referencia al BN, que la CT abandona oficialmente por exigencia de Fal Conde, la ya comentada unidad de acción alcanzada con falangistas y con el sector más radicalizado de las JAP, que iba mucho más allá del ingreso más o menos formal en la organización, es uno de los síntomas más visibles de dicho proceso. De hecho, las bases sociológicas de algunos de sus miembros eran muy parecidas a las de un sector de los seguidores de José Antonio y no es extraño encontrar a hermanos a caballo de ambas organizaciones. Y también las Margaritas, tras la clausura del Círculo Tradicionalista el día 1 de marzo, pasaron a colaborar con sus compañeras de la Sección Femenina de Falange, desempeñando parecidos cometidos en los tiempos de la conspiración; incluido el de ocultar «las pistolas que no lograban capturar los guardias», según narraba el dirigente carlista Bautista Pérez de Cabo respecto de Antoñita Amor⁴⁵. No ocurrió lo mismo con el Círculo Carlista del Núcleo de la Lealtad, que gozaba de la simpatía del gobernador civil Agustín Carrascosa; tal vez porque era consciente de que el verdadero peligro insurreccional procedía del otro sector, y mantener abierta la sede de sus rivales-aliados era una forma de debilitarlo.

El nuevo escenario político abierto tras la victoria de las izquierdas exigía unir voluntades por encima de discrepancias y personalismos pues, en cualquier caso, las dos fracciones del carlismo ourensano obedecían a Alfonso Carlos —el cual había designado regente en la persona del príncipe Francisco Javier de Borbón Parma, inmediatamente contestado por el Núcleo de la Lealtad— y, sobre todo,

⁴⁴ BLINKHORN, M.: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 134 e ss. Ver, asimismo, las recientes aportaciones de CANAL, J.: *El carlismo: dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.

⁴⁵ *La Región*, 30-X-1936, p. 2. Las fuerzas de seguridad no desconocían esta relación, y así cuando se producía algún incidente significado no hacían demasiados distinguos a la hora de practicar detenciones. Así ocurrió, por ejemplo, con ocasión del asesinato del comunista Manuel da Silva Cores el 17 de mayo, cuando la policía detuvo al requeté José Rodríguez Delgado, al que sus informes calificaban de «fascista», al mismo tiempo que ordenaba la captura de otros que habían conseguido huir, entre ellos los también requetés Emilio Prieto Álvarez, Bonifacio Conde Cid y José Rodríguez Feijoo (Archivo de la Comisaría de Investigación y Vigilancia de Ourense (ACO), exp. 101.543). La protección que los falangistas encontraban por entonces en varios párrocos de la provincia se corresponde con el apoyo que los jóvenes tradicionalistas recibieron del párroco de Calvelle (Pereiro de Aguiar), José Diz García, el cual los mantuvo ocultos hasta que pudieron cruzar la frontera portuguesa (*El tradicionalismo ourensano...*, op. cit., p. 255).

coincidían en la necesidad de derribar a la República por medio de una sublevación. En este contexto se inscribe la designación, el 28 de mayo, por el presidente de la Junta Nacional Carlista, Lorenzo Sáenz y Fernández Cortina, de Luis Rodríguez como «jefe provincial carlista de Orense, con extensión jurisdiccional para toda Galicia a los efectos de conseguir la debida reorganización regional (...) habida cuenta de las circunstancias excepcionales que han producido los nuevos desidentes (sic), dejando sin autoridad superior reconocida a esa Región y provincias que la constituyen»⁴⁶. En Ourense, sin embargo, los contactos insurreccionales ya discurrían por vías diferentes.

5. EPÍLOGO

Todo indica que, como en febrero, los tradicionalistas estuvieron más directamente informados de los reparativos del golpe que los falangistas; probablemente porque la cúpula de Falange estaba mucho más vigilada y, por consiguiente, cualquier contacto con los militares podría ser interpretado como la prueba evidente de que algo concreto se tramaba⁴⁷. De todos modos, Ceano, cabeza visible de la conspiración, parecía demostrar una cierta preferencia por aquéllos, de los que valoraba su discreción y mayor proclividad hacia los alfonsinos. También fueron éstos, concretamente el ya citado C. Morais, los que llevaron el peso de los trabajos de enlace en la capital provincial durante los meses previos al golpe. Los términos de la colaboración eran substancialmente los mismos que entonces: no tomar iniciativa alguna hasta que los militares se pronunciasen, suministrar información sobre dirigentes izquierdistas, contribuir a la creación de un estado de ánimo favorable al golpe y colaborar con el Ejército en el mantenimiento del orden cuando éste se concretase y una vez convenientemente armados por los sublevados.

Cuando se proclamó el estado de guerra los jóvenes carlistas cumplieron fielmente con su cometido. A partir de agosto de 1936, ya inmersos en una guerra civil, su sede se convirtió también en improvisado centro de reclutamiento a la que acudían gentes procedentes de diversos ayuntamientos, en algunos casos coincidentes con aquellas zonas donde habían obtenido sus mejores resultados en las elecciones de febrero, pero también en otras en que habían sido ínfimos, por lo cual tampoco puede hacerse una extrapolación mecánica en este punto. Algunos de sus voluntarios se relacionan con los círculos tradicionales de reclutamiento y la movilización patriarcal y comunitaria tan notable en otras zonas⁴⁸, al menos si como tal admitimos a los vástagos de esas familias con al menos un par de gene-

⁴⁶ *El tradicionalismo orensano...*, op. cit., p. 263.

⁴⁷ Una perspectiva general de este proceso en PEÑAS BERNALDO DE QUIRÓS, J. C.: *El carlismo, la República y la guerra civil (1936-1937): de la conspiración a la unificación*, Madrid, Actas, 1996.

⁴⁸ Ver UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

raciones de militancia carlista y a los que proceden de parroquias cuyo titular o cierto notable local se identifican en cuerpo y alma con la Comunión. Otros, en cambio, nada tienen que ver con ellos, como esos antiguos izquierdistas que buscaron en sus milicias un paraguas protector frente a la represión desatada⁴⁹. En todo caso, la ejemplificación de que los valores que decían defender quienes se alzaron en contra de la legalidad republicana encontraron un amplio respaldo en una provincia de las características socioeconómicas de Ourense, pues a los contingentes aportados por el carlismo hubo que sumar los muy superiores de falangistas y el compromiso demostrado por un sector de la sociedad desde los más diversos ámbitos.

La salida para el frente de varias de sus principales figuras, sin esperar siquiera a que se organizase una unidad propia, obligó a algunos reajustes en sus mandos: Agustín Gamallo se convirtió en jefe provincial de los Tradicionalistas y Nicolás Alcaraz del Río se mantuvo en la jefatura de los Requetés hasta su posterior partida; Federico Gobart fue nombrado sub-jefe provincial y Julia Arias permaneció al frente de las Margaritas. En el mes de septiembre Fal Conde suspendió las jefaturas, las juntas regionales, provinciales, locales y las delegaciones carlistas, substituyéndolas por comisarios y juntas de guerra. El nuevo armazón, apresurado intento de adaptarse a la realidad bélica con la esperanza de influir decisivamente en la futura conformación de un Estado tradicionalista al final de la contienda, estaría culminado por la Junta Nacional Carlista de Guerra, una especie de gobierno de emergencia. La primera Junta de Guerra ourensana estaba presidida por el combativo sacerdote Ramón Delage e incluía como jefe técnico a J. Ceano Vivas en un intento de ganarse el apoyo del héroe local de la sublevación y de recompensar que los hubiese escogido como interlocutores durante los preparativos del golpe; los diferentes delegados eran Máximo Casares (Asuntos Religiosos y Políticos), Justo Méndez Aguirre (Hacienda), Federico Gobart Contreras (delegado provincial de Requetés), José Romero Álvarez (Prensa y Propaganda), Carlos Morais (Intendencia), Mariano Valcarce Albizu (Armamentos) y Rafael García Cerriño (Asuntos Sanitarios)⁵⁰.

Como puede comprobarse, la integraban destacados representantes del integrista que ya habían formado parte de diferentes directivas, con lo que se completaba la reorganización del carlismo que se había iniciado con el nombramiento del abogado Bautista J. Pérez de Cabo como Inspector Provincial de Requetés y jefe provincial de Prensa y Propaganda. Será éste quien asuma un papel protagonista en el adiestramiento de sus milicias antes de ser destinadas como carne de cañón al frente del Guadarrama, donde estuvieron buena parte de la guerra los voluntarios ourensanos⁵¹. Sin olvidar su destacado papel como auxiliares de la Guar-

⁴⁹ Cfr. PRADA RODRÍGUEZ, J.: *Ourense, 1936-1939. Alzamiento, guerra e represión*, Sada-A Coruña, Edición do Castro, 2004, pp. 166, 175, 241 n. 122, 383, 531, etc.

⁵⁰ *La Región*, 8-X-1936, p. 1, y *La Voz de Galicia*, 11-X-1936, p. 5.

⁵¹ Sobre la aportación carlista al esfuerzo bélico ver ARÓSTEGUI, J.: *Los combatientes carlistas en la Guerra Civil española 1936-1939*, Madrid, Aportes, 1991, 2 vols.

dia Civil en las tareas de control de la retaguardia en las zonas más abruptas de la provincia.

La decisión del alto mando de la División Orgánica de refundir todas las milicias voluntarias en el mes de septiembre provocó la alarma inmediata en los requetés ourensanos, que remitieron a su Delegación Nacional una consulta sobre la actitud a seguir. Sus mandos nacionales pusieron los hechos en conocimiento de la Junta de Defensa Nacional, que desautorizó la medida, «ordenando siga toda Galicia como resto de España». Tras la exitosa gestión, la Junta de Guerra Carlista trasladó el acuerdo a la ciudad de las Burgas con la indicación de que debía darse la misma publicidad a la desautorización que a la disposición adoptada, esperando «siga sin obstáculos máxima intensidad, recluta organización requetés gallegos...»⁵². Aunque el trabajo proselitista de Pérez de Cabo se mantendría en los meses siguientes, fueron escasos los nuevos contingentes que el carlismo ourensano pudo seguir aportando pasada la fiebre reconquistadora de las primeras semanas. Por entonces su principal problema no era ya el de superar sus propias divisiones internas con relación al problema sucesorio, planteado con toda su intensidad tras la muerte de Alfonso Carlos dos meses después de la sublevación; ni siquiera la completa subordinación de su aparato político al objetivo principal de ganar la guerra mientras intentaban alimentar entre sus acólitos la ficción de su influencia sobre los militares. Antes de que las viejas heridas tuvieran tiempo de cicatrizar se encontraron sobre la mesa con la decisión de Franco de unificar por decreto a la CT y a Falange abriendo así una nueva etapa en su particular vía crucis. Pero eso forma parte ya de otra historia.

⁵² *La Voz de Galicia*, 11-IX-1936, p. 5.